

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

Dos cartas. A mi amigo A. R. y F. por *El Malagueño*.—*La mano de nieve*, novela, continuacion.—*Academia de ciencias y literatura del Liceo de Málaga*.—*Balle de trajes*.—*Un lance de carnaval*, por J. C. B.—*Soluciones á las charadas insertas en el número anterior*.—*Charada*.—*Correspondencia*.

DOS CARTAS.

A MI AMIGO A. R. Y F.

Era una de esas mañanas de Otoño en que heridas las hojas con la matinal helada y coloridas con el destello de la alborada, se oye desprenderse de las vides, chaparros y demás plantas el helado rocío de la madrugada, que derretido á los primeros albores del sol, se vé destilar por todas partes parecido á las lágrimas de los desgraciados que riegan la tierra con sus sollozos.

La neblina, se dilataba, hasta entrado el dia en toda su fuerza; las ligeras nubecillas cubiertas por un lado con el oscuro crespon y por otros con el blanco velo de la desposada, no dejaban descubiertomas que las copas de los mas altos arbustos que se perdian á lo lejos, junto á las cúspides de los montes, parecidos á escollos que asomaban sus antiguas cabezas muchos años ha, sobre el nivel del mar.

Tras de las mas altas montañas aparecia el sol cuando los tibios vientos del Mediodia agitaban los árboles y hacia desaparecer poco á poco las nubecillas que vagaban de acá para allá. El ruido del viento, el de los árboles y el que hacian las gotas del rocío al desprenderse de estos, encajonado en as gargantas de las montañas, producian murmullos, unas veces tristes, otras sonoras, ya atornadores, melodiosos ó imperceptibles, recorriendo en brevísimos instantes todas las armoniosas notas de los placeres del mundo y de las melanco-

lias de la naturaleza. Ante este espectáculo mi alma se sentia conmovida profundamente. Desvaneciéronse estos rumores como el eco de una conversacion habida entre espíritus celestes que se alejan y se pierden en el espacio, sucediendo á esto un profundísimo silencio en el que al hombre no le es dado escuchar ni aun su propia respiracion. En este instante, cesó el mugido del viento, el cielo apareció azul y el radiante sol iluminó instantáneamente la tierra consus esplendentes y magníficos rayos. Parecia que la naturaleza resucitaba, pero como resucita siempre la juventud y la belleza; con toda su tranquilidad, toda su gracia y toda su gloria. En una de estas mañanas tan pálidamente descritas paseaba yo por las afueras de la ciudad; sentéme en un repecho, que servia de escalinata á un escarpado monte y distraido con la magnificencia que despliegan las obras de Dios, fijeme en una carta que llacia á mis pies; recojila y desdoblándola con sumo cuidado principié á leerla; dentro de esta habia otra; pero ambas se encontraban mojadas por la lluvia y por consiguiente ininteligibles gran parte de sus párrafos.

La primera estaba suscrita por Blanca y la segunda por Aurelio.

«¡ Amor! principiaba la carta de Blanca; este fué la antorcha que abrazó mi alma y me hizo ver con su luz la naturaleza y el mundo; comprendí la nada de este al ver como desaparecia la vida al leve soplo de Dios, y la grandeza de las obras del Altísimo.

. que me lavase en una de sus lágrimas y me abrazase en una de sus llamas y que aspirándome en una de sus respiraciones, solo quedase en mí el agua purificadora en que acababa de lavarme, el

fuego en que habia de consumirme, para despues, con un nuevo soplo animarme y volverme de nuevo el ser; de este modo seriamos uno, de este modo al llamarnos á su presencia, Dios no podria separarnos el uno del otro, puesto que el amor nos habia transformado y confundido.

enseñad á vuestro hermano á que ame con el verdadero amor; en tanto que ame, hará cuantos sacrificios sean imaginables, llegará hasta el heroismo solo por igualarse al ideal de su amor.

Dios; esta palabra que tanto me repetís me hace mucho mal; esta palabra encierra para mí la idea de un ser cuya existencia siempre he deseado; para mí eso ha sido un sueño; ese ser no es para mí, ni aun para los sábios que me han instruido; ese ser no es mas que una maravillosa ilusion, pero la mas vacía de nuestros pensamientos; vos llamais demencia al saber de los hombres que me han enseñado, recorriendo ante mi vista los velos de la filosofia y que han puesto ante mis ojos los brillantes resplandores de la razon y de las ciencias; estos me han hecho ver la pálida luz de las supersticiones del mundo, estos me han hecho comprender que esta luz solo iluminan las voluntarias tinieblas que los hombres difunden alrededor de sus pequeñas divinidades; yo no creo en el Dios de vuestra madre ni en el de vuestro; ese no es el Dios de la naturaleza ni el de los sábios que me han educado. Con estos, creo yo en un ser que es causa, principio, fuente, espacio y fin de todos los seres que habitan el mundo; mejor dicho, que es otra cosa; esta es la eternidad; la eternidad, que es la forma y la ley de todos esos seres, visibles é invisibles, de todos esos seres que son ó no inteligentes; de esos seres que están vivos ó muertos, animados ó inanimados; de todos esos seres se compone el único y verdadero ser de todo los seres ¡lo infinito!! Lo infinito; sí, puesto que ese ser que vosotros llamais Dios y que yo llamo *Ley* excluye de mis pensamientos toda inteligencia que pueda ser exacta; toda manifestacion personal, toda revelacion, toda encarnacion, toda imaginacion razonable, toda justa denominacion, en fin, toda la horrible relacion entre ese ser y nosotros y aun el homenaje de la oracion!

¡La verdad! ¿no es esta la primera de las virtudes si es que las virtudes existen?

Creo que nunca nos pondremos de acuerdo sobre esto y por lo tanto desisto de hablarlos.

No lo dudeis, vos sentís de ese modo porque habeis sido criado por una madre piadosa y habeis crecido en el seno de una familia cristiana; vos habeis respirado en el materno hogar esas credu-

lidades; á vos os han conducido á los templos antes de que aun pudiéseis pensar, os han mostrado los altares y diciéndoos «allí está Dios, reza hijo mio», habeis rezado; pasada la edad de vuestra infancia, habeis figurado en vuestra mente un Dios menos pueril, pero siempre á quedado fijo en vuestros ojos aquel primer deslumbramiento de vuestra edad primera.

Siempre os habeis quedado con la inteligencia débil puesto que aun creéis en el misterio y la oracion.

La razon, disipa todo misterio; el misterio debe haberlo inventado el hombre malo.

No hay oracion puesto que una ley inflexible y justa nada tiene que ceder ni nada que variar.

II.

Hasta aquí podia leerse la carta de Blanca, desdoblé la otra que se encontraba en peor estado por ser la que servia de cubierta, y en ella se leian estos párrafos:

«¡Oh! cuanto envidio las alas de los pájaros que vuelan hácia donde os encontrais! Diariamente os envio mis suspiros envueltos entre los pliegues de mi corazon amante, ¡amada mia! quisiera tener la elocuencia de Ciceron para espresaros todo mi amor!

Paréceme que esos sábios que os han enseñado todas vuestras ciencias han subordinado en sus teorías de las relaciones del hombre con Dios, el ser sensible al ser que piensa; mas claro, que han olvidado el corazon del hombre, puesto que el corazon es el órgano de todo amor, como la inteligencia lo es de todo pensamiento. Puede ser que las representaciones que el hombre se ha hecho de Dios sean pueriles y falsas, pero los instintos del hombre son indefectiblemente verdaderos puesto que si no fuese así la naturaleza hubiese mentido al crearlos.

Estoy persuadido que vos no creereis que la naturaleza, sea una patraña, puesto que me decís que la verdad es quizá la única virtud.

Sentado esto, querida Blanca, que nos importa cualquiera que sea el objeto que se haya propuesto Dios al darnos el instinto de la oracion y el misterio, bien haya querido revelarnos por ese medio que *Él* es incomprendible y que el misterio es un nombre verdadero, bien haya querido que nosotras las criaturas le tributásemos honor y bendicion y que la oracion sea el incienso universal que la naturaleza deposite en las aras del criador para aliviar el

peso de nuestros corazones, sí, con la oracion, segun dice un Santo Doctor, apaciéntase la Caridad, santificase la Fé y fortalecese la Esperanza? Aunque vuestros sabios doctores nieguen la oracion, no se puede dudar que el hombre lleva siempre consigo cuando piensa en Dios esos dos instintos; el misterio y la oracion; el misterio, toca ensancharlo á la humana razon y apartarlo cada vez mas sin intentar nunca disiparlo; ¡La oracion! ¡Oh! la oracion es la necesidad que el corazon tiene de implorar la misericordia de ese Dios que no alcanzan vuestros sábios á comprender. La oracion es el perfume de nuestros deseos que depositamos á los pies del altísimo. La oracion es un tributo que rendimos á la omnipotencia divina por nuestra debilidad, es un tributo de humillacion y de adoracion.

¿Podemos nosotros adivinar si la oracion, que es una misteriosa comunicacion con la omnipotencia invisible, no es indudablemente la mayor de las fuerzas naturales y sobre naturales del hombre?

¿Quien sabe si Dios en su grande amor y en su perpétua bendicion á los seres que emanan de él á querido dejarles el lazo de la oracion para que sea la invisible cadena que suspenda el pensamiento del mundo todo, al suyo?

¿Puede el hombre saber si en la magestuosa soledad que solo él puebla ha querido que se eleve hasta él insesantemente la oracion y que despues baje hasta nosotros para que mantengamos esa conversacion inextinguible, desde él á los seres que vivifica y abraza con su amor sin límites?

Siempre amada Blanca la oracion es el privilegio mas hermoso y sublime del hombre, puesto que este le permite dirigir su voz hasta el Altísimo.

Os conozco demasiado para que no comprenda que mis razonamientos os enternecen sin convenceros y que vuestra alma secada en un tanto por la ciencia no ha abierto aun sus manantiales fecundos hacia Dios.

Vos que decís que amais con tanta vehemencia, no tardareis en ver enternecer vuestras creencias como espero que en los momentos de leer esta se enternezca vuestro corazon. Las delicias y las angustias de la pasion pronto deberán hacer brotar en vuestra alma la adoracion y la oracion; entonces gustareis este divino manjar que nos enseña á resistir las pasiones violentas que nos combaten en esta vida; la adoracion y la oracion son dos perfumes del espíritu que abrazan y languidecen; el uno lleno de embriaguez, el otro de lágrimas, pero ambos divinos.

Estos consejos que os doy no son hijos de mi ciencia sino del convencimiento íntimo que tengo de Dios.

Nada mas era posible leer.

En este instante las campanas de la ciudad mandaban hasta aquellos sitios el eco de su voz que anunciaban el *Ave Maria*.

Una pequeña ermita que se alzaba sobre una verde pradera no lejos de este sitio llamaba á sus hijos para que oyese y presenciasen el santo sacrificio que instituyó Dios hace diez y nueve siglos en la cumbre del Golgotha. Dirigíme á la ermita para lo cual tuve que atravesar un rústico puente formado de troncos bajo el cual pasaba un manso arroyuelo que contrastaba con una cascada que se divisaba á lo lejos y de la que se desprendian torrentes de aguas que amenazaban tragarse al mundo.

Al rededor de la capilla pastaban los ganados mientras los rústicos y sencillos pastores oraban en el templo. Todos acudian á depositar en aquella modesta mansion del Señor sus preces y á pedir al Dios del Sinai atendiese sus súplicas; aquel pobre templo cobijaba bajo su techo á los mismos pastores que en un tiempo cubria el portal de Belen; aquellos pastores adoraban al Dios niño que venia á redimir al mundo, estos adoraban al Dios hombre que habia muerto en el árbol sacrosanto de la cruz por salvar á todos los pecadores.

EL MALAGUEÑO.

Málaga.

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

§

Algunos dias despues de lo que acabo de referir, entró Ambrosio en mi casa una noche, llevando debajo del capote, frac de paño negro; pantalon y corbata del mismo color y chaleco blanco.

—¿Quieres venir á casa de Antonieta?— me dijo sin mas preámbulos el traidor.

Yo estube un poco de tiempo sin poderle contestar. La respiracion me faltaba á causa de la fuerte conmocion que acababa de recibir mi sangre. Despues agarré, decididamente, el sombrero y

—Vamos - le dije - vamos al momento.

Ambrosio me detuvo por un brazo.

—Estás loco - me dijo. - Aprovecho la ocasion de un baile que dá esta noche para presentarte ¿y te vienes de esa manera?

—Tienes razon - contesté - pero aguarda, en tres minutos me visto.

Y fueron muchos mas de tres minutos por que jamás había hallado mi *toilette* tan pésima ni el espejo me había dicho jamás tan insolente verdades en mi misma cara. Despues de todo, me decidí á ser lo que era y dije á mi amigo:

—Marchemos.

Pasó su brazo por la plegadura del mio y salimos.

Estoy seguro de que jamás ningun defensor de damas que haya asistido á su primer duelo, soldado á la primer batalla, autor dramático á la primera representacion de una obra suya, jamás, ninguno ha probado y sufrido la emocion que yó al penetrar en los salones de la señora Antonieta.

El procurador era ya viejo cuando se habia casado con ella, que era sumamente jóven pero bastante pobre. La fastidió durante seis años y pasados estos la dejó viuda, libre y rica. Ella habia llorado razonablemente al difunto y le habia hecho elevar en el Campo Santo un bello monumento en el cual habia hecho esculpir, en una inscripcion latina, todas las virtudes de que él carecia. Se habia vestido de luto durante el tiempo prescrito y despues, pasado este, habia vuelto á acoger en sus salones una numerosa y elegante sociedad.

Aquella noche la reunion era brillantísima y ella en medio de los concurrentes é iluminada por la luz que despedian las velas de los candelabros brillaba como dice Oracio:

*«velut inter ignes
«Luna minores.*

A su alrededor, como mariposas en torno de una viva llama, revoleteaban galantes viejos y jóvenes, petrimetros y hombres graves, caras rijidas y atontadas.

Ambrosio esperó el intervalo entre una contradanza y una polka para presentarme y asiéndome de un brazo me condujo al sitio donde se hallaba la dueña de la casa.

Estaba tan confuso que no sabia darme cuenta de mí mismo y andaba por milagro como un autómatas.

La señora Antonieta se hallaba delante de la chimenea hablando con un viejo y mirándose á intervalos y á urtadillas en un espejo.

¡Qué hermosa era gran Dios, y qué bella estaba!

El viejo tenia largos rizos color gris que le caian en abundancia sobre sus espaldas, una frente espaciosa y de inteligencia, y tras los cristales de sus lentes de oro dos ojos vivos, punzantes y oservadores, todos fuego y malicia; eran verdaderamente fascinadores y cada vez que se posaban sobre alguno, este se veia atraído por esa fuerza irresistible y temblaba temiendo que aquellos ojos pudieran penetrar en su interior y adivinar los mas profundos secretos del alma.

Yo no pude por menos de ceder á esta fuerza.

Lo miré y acabé de turbarme.

El viejo posó un poco sobre mí aquella mirada; despues me hizo un saludo inclinando la cabeza y haciendo aparecer en sus labios una amigable sonrisa.

Respiré como si hubiera sufrido un examen que á haber tenido mal resultado podrian haber lanzado de allí.

—Le presento á mi amigo Guido Dalbene—dijo Ambrosio á la señora, señalándome con la mano.

La viuda me hizo un graciosísimo movimiento de cabeza. Yo me incliné profundamente. El corazon me latia de tal manera que sus movimientos podian observarse por encima del frac. El viejo me miraba siempre con una atencion que me parecia benévola.

La señora Antonieta recojió su pié ligeramente arqueado y calzado con elegancia por un zapatito de raso blanco, echóse atrás con notable coqueteria sus hermosos rizos y dirijiendo á mí sus bellos ojos me dijo:

—Es V. bailarín?

Me faltó la voz y no pude responder. Volví á inclinarme aun mas profundamente que la primera vez, lo que la señora interpretó por una respuesta afirmativa.

—Bien—continuó—á vuestro lado se hallan varias muchachas que con frente baja y aire temeroso invocan desde lo mas profundo del alma á alguno que las pida; ved como lo espresan con las miradas que lanzan á los pies de los jóvenes. Sacad á alguna, hareis una obra de caridad..... y me complasereis en extremo.

Hice un esfuerzo por aparecer un poco menos estúpido que hasta entonces habia parecido y busqué una respuesta, pero no supe encontrar otra mas que la de inclinarme nuevamente. Debí parecerme en aquel momento á uno de esos muñecos de plomo que por medio de un balansin se columpian puesto sobre el dedo.

La señora de la casa puso fin á nuestra conversacion con una sonrisa especial que me pareció una ironia; pasó su brazo por entre el de Ambrosio y se alejó con él. Yo quedé mirando al viejo cara á cara, y me puse á observarlo con aire imbécil.

Por último, el viejo me dirijió la palabra y tuvo lugar el siguiente interesantísimo discurso.

—¿Es la primera vez que viene V. á esta casa?

—Si señor.

—Es V. amigo de Ambrosio?

—Si señor.

—¿Y no conoce V. á nadie mas?

—No señor.

Pausa de cinco minutos.

Mi interlocutor vuelve al diálogo.

—Es una bella jóven la señora Antonieta.....

—Ah!... si señor.

—Y que manos... ¿ha observado V. sus manos?

—Oh!... si señor.

—¿Conoce V. la *quizzologia*?

- No señor.
 —¿Y la *quiromancia*?
 —No señor.
 —Pues bien, según los pronósticos tanto de la una como de la otra, la señora Antonieta tiene la mano mas afortunada y mejor hecha que puede hallarse.
 —Ah!
 Otra pausa de diez minutos.
 —Es V. de Turín?
 —Si señor.
 —Bravo; yo soy en cambio ciudadano del mundo; no tengo patria; soy miembro del género humano, é hijo de la ciencia.
 —Ah!
 —¿Ha llegado V. á los veinte años?
 —No señor.
 —Se conoce. Lo celebro mucho.
 —Gracias.
 —¿Oye V. están tocando una polka.
 —Es cierto.

(Continuará.)

ACADEMIA

DE CIENCIAS Y LITERATURA DEL LICEO DE MALAGA.

La sesion mas brillante que hasta ahora ha celebrado el Liceo, fué sin duda alguna la que tuvo lugar últimamente, dedicada á la memoria del Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa.

La concurrencia era numerosísima y tan escogida como pocas veces lo ha sido. Las Autoridades civiles y militares, Presidentes de corporaciones y miembros de estas y cuantas personas estaban presentes, escuchaban atentamente la voz de los oradores que ya con floridos discursos, ya con elegantes poesias, tributaban un recuerdo ya al patricio, ya al tribuno, ya al poeta.

El salon estaba adornado al efecto con lienzos negros y crespones, iluminado profusamente; brillante en su totalidad.

Muchas lindas jóvenes y amables señoras ocupaban los asientos y escuchaban con profundo silencio.

Los señores que sucesivamente tomaron la palabra fueron:

D. Juan Salas, para leer una poesia de D. Francisco Casilari.

D. José Criado y Baca, discurso.

D. José C. Bruna, poesia.

D. Joaquin Garcia Briz, discurso.

D. Santiago Casilari, poesia.

D. Isidoro Fernandez Monge, discurso.

D. José Gimenez Plaza, poesia.

D. Salvador Lopez Guijarro, discurso.

D. Cristino Murciano, poesia.

D. Juan Salas, discurso.

D. José Criado y Baca, poesia de D. José Galvez.

Como se vá á publicar una corona poética de todas las producciones que sea posible, nos abstemos de hacer comentarios sobre el mérito de cada una en particular, puesto que el público tendrá ocasion de juzgarlas detenidamente.

El Sr. Gobernador civil, con la galanteria que le caracteriza, ha demostrado á la Academia lo complacido que salió de la reunion, y la Academia, á su vez, dá las gracias al Sr. Guerola por la notable distincion que le hace.

La Academia progresa y sus miembros, jóvenes en su mayor parte, deben no desanimar un momento, ni desviarse una línea del sendero que se han marcado. Cada sesion ha sido un triunfo, cada triunfo es un paso que se dá hácia el porvenir, y el porvenir de esta corporacion se presenta brillante y luminoso; dos cosas se necesitan para no amortiguar esta brillantez ni aménorar esta luz:

Constancia y trabajo.

BAILE DE TRAJES.

Mañana es el baile de trajes en casa de los señores D. Juan Clemens y Señora.

Mañana es ese baile de que tanto se habló, se habla y nada se sabe.

Cada jóven ha cambiado de vestido cincuenta veces y cada caballero ha desistido del suyo mil y quinientas.

El baile empezará á las diez y terminará cuando la mayoría lo determine, pues hasta ese punto ha llegado la amabilidad de los dueños de la casa. Es probable, pues, que el dia sorprenda á los bailarines.

Prometemos la descripcion.

UN LANCE DE CARNAVAL.

Era un sábado de carnaval y D. Cándido Prudente, hombre cuyos actos no habian desmentido jamás el apellido que llevaba, se metia en su cama despues de haber resado los correspondientes Padres Nuestros y Ave Maria que acostumbraba.

Solo tenia dos hijos pequeños y vivia con una muger de unos cuarenta años, de ojos vivarachos y negros pero de una nariz algo chata, una boca no pequeña y cutis bastante deteriorado, lo que le afeaba en extremo. Esta era el ama de los niños y podriamos decir de la casa, por que D. Cándido no se cuidaba mas que de su empleo y si bien en

la época á que nos referimos estaba cesante, se entretenia en buscar el medio de hallar una colocacion por que no convenia ni á su salud ni á su bolsa aquella completa inaccion.

D. Cándido se metió entre las sábanas pero le fué imposible cojer el sueño. Una idea le preocupaba en extremo. De pronto se sentó en la cama; una sonrisa cruzó por su rostro y vino á morir en sus labios.

—No hay mas-dice-y echándose al suelo se viste con presteza y llama al cuarto de Brijida que este era el nombre del ama. Ella abre precipitadamente y

—¿Que teneis, señor,- exclamó-¿os habeis puesto malo?

—No, Brijida, no, es que me voy al baile de máscaras que hay esta noche y te lo advierto para que abras la puerta cuando vuelva.

—¿A qué hora volvereis?

—A las cinco de la madrugada.

—¿Os acompañará el sereno? ¿no es verdad?

—Descuida; llevo las dos pistolas y no creo que nadie se empeñe en robarme lo que no tengo.

—¡Ah! si viviera vuestra muger!

—Calla, por que su recuerdo me entristece y necesito estar alegre; voy en busca de aventuras.

—A vuestra edad, señor ¡aventuras á los cincuenta años!

—¿Con que has oido? vendré á la madrugada; que no te duermas; mañana te contaré lo que me haya sucedido.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Brijida.

II.

Estamos en uno de esos salones donde todo está de máscara. Las bujías de sebo están de tal modo disfrazadas que parecen de esperma, los bancos de pino parecen de caoba y el suelo parece alfombrado.

El D. Cándido, que ya conocemos, entra en el salon que ya hemos descrito.

Todas las máscaras le parecen bellas como soles y elegantes como las modas francesas.

Dos horas despues de estar allí saeteado por mil punzantes palabras, una beata de ojos negros y toca blanca le arrebató el corazon.

D. Cándido se siente herido de muerte y se deja caer en un sillón no pudiendo adivinar quien es la linda máscara que tan profundamente le ha afectado.

—Escucha-le dice-pronuncia tu nombre, el verdadero nombre que tienes y yo te daré en cambio mi fortuna y mi amor.

—Mi nombre-le responde-es el que tienen

muchas personas que tu conoces, tu fortuna es escasa y por consecuencia tu amor es pobre.

—Por Dios-replica D. Cándido-descubrete á mi solo y yo te probaré uniendo tu suerte á la mia, que este amor que te profeso es tan profundo como grande y potente. Rico en emociones, firme en su constancia.

La máscara tose.

D. Cándido prosigue.

—Eres el ángel que soñé cuando las primeras auras del verano mecieron mis cabellos. La diosa que por primera vez imaginó mi entusiasmada mente, creó mi ilusionada fantasia.

Y sigue la tos en la máscara.

—¿Sufres acaso?

—No se lo que tengo, amigo Cándido, pero á fé que no me siento del todo buena: Llévame á donde mamá se halla que voy á pedirle me conduzca al ambigú.

—¿Y para eso, bella desconocida, vas á molestar la atencion de tu madre teniéndome aquí?

—¡Oh! yo no puedo permitir que V..... que tú...

—Inútil es que persistas. Yo tengo gusto en convidarte y tu no debes privarme de ese gusto.

La máscara duda.

D. Cándido insiste.

La máscara cede.

Y ambos asidos del brazo como dos tiernos amantes toman el camino del ambigú.

—¿Que hora es?-pregunta la enmascarada antes de llegar.

—Las tres, hermosa mia, responde el entusiasmado Cándido sacando su reloj de oro recuerdo de sus tiempos de prosperidad.

Ambos enmudecen.

Ella tal vez piensa en el mal que hace aceptando el convite y él en que solo lleva catorce reales en el bolsillo.

Supongase el lector que ya ha cenado opíparamente nuestra desconocida.

No se ha comido mas que una perdiz de grueso calibre, una buena racion de carne mechada, diez ó doce ruedas de salchichon y dos pastelillos.

En cuanto á él no ha tenido boca mas que para hablar con aquella boca, buzón de alimentos, ojos para mirar aquellos ojos de ángel y oídos para escuchar al mozo que le presenta como total de lo que debe, CIENTO VEINTE Y DOS REALES.

D. Cándido saca al parecer una moneda con mucho trabajo y se la entrega.

—Repáre V. caballero-dice el criado-que en vez de una moneda me ha dado V. el reloj.

—Cállate, asesino,- exclama lo mas bajo posible el apurado cesante-cóbrate y calla.

El mozo se encoje de hombros y le devuelve diez duros.

La máscara no se había apercibido de nada.

Una vez de vuelta en el salón, torna á sus nuevas pesquisas pero tan inutilmente como antes. Solo ve unos ojos que le seducen, solo oye una voz que le arrebató.

El amor se apodera de aquella cabeza tan llena de cabellos blancos como vacía de sentido común, y le declara á su incognita que sea quien sea, él vivirá solamente para admirar aquellos ojos y oír aquella boca.

La máscara se fija en la mano que acciona y ve relumbrar un anillo de oro.

Era otro recuerdo de los tiempos de prosperidad de D. Cándido.

---¿Qué miras? - esclama este.

---Miro - le responde ella - la perfidia de los hombres. Me hablas de tu amor hácia mí y llevas en tu mano tal vez un recuerdo de una jóven que te aguarda en este momento.

D. Cándido quiere defenderse pero la bella desconocida le interrumpe y prosigue:

---Sois mas falsos que Judas, y mas pérfidos que Lucifer. Pobre jóven la que caiga en vuestras redes.

El apurado cesante no sabe como probar á su dama encubierta la falsedad de que le acusa, pero el diablo le inspira en aquel momento y arrebatado por esta inspiracion esclama:

---Si el anillo es la única objeccion que pones para no aceptar mi cariño, tómallo como una memoria.

La dama no se hizo repetir el ofrecimiento y lo aceptó con miles reservas, haciendo de modo que D. Cándido le diese el anillo y las gracias.

En dulces coloquios pasan lo restante de la noche el rejuvenecido viejo y la señora encubierta y cuando los primeros cantos del gallo anunciaban la proximidad de la aurora, la bella dama rogó al galante caballero que la dejase con su mamá y le dió una cita para aquella mañana á las diez, en el paseo y le dijo:

---Cuando veas á alguna que lleva este anillo acércate y saludala, que esa seré yo.

III.

Pensativo y cabizbajo llegó D. Cándido á su casa y abrió la puerta de su habitación.

¡Qué tristeza despues de tanta alegría!

¡Qué tinieblas despues de tanta claridad!

¡Qué silencio despues de tanta algazara!

Aun percibian sus oídos aquel espantoso griterio como un ligero rumor que se pierde en lontananza.

Aun le parecia ver aquel confuso remolino de trajes y colores en medio del cual habia descolla-

do una muger de formas elegantes y graciosas.

Aun le parecia sentir el contacto de aquella mano apoyada en su brazo.

Pero todo era una ilusion.

Se echó la mano al bolsillo y tocó una realidad. La falta de su reloj.

Entonces sintió haberlo dado.

Aquel antiguo reloj era una antigua memoria de sus pasadas felicidades; aquel reloj habia marcado horas de dicha y verdadero amor.

Aquella realidad atrajo otra. La falta del anillo.

¡Cuanto se arrepintió de haberlo dado!

En aquellos instantes su cabeza se iba despejando de los vapores del vino é iba viendo mil realidades que hasta entonces no habia echado de ver.

¡Cuanto hubiera dado (si hubiera tenido) por recuperar lo que acababa de perder!

Una cosa, sin embargo, le parecia poseer y esta cosa era el amor de aquella máscara. Pero esto lo hubiera tambien cedido gustoso en cambio de su anillo y de su reloj. Porque ni él podia sentir el amor que en el baile habia demostrado ni su posicion era lo mas á propósito para un enlace.

Llegó la aurora y cuando esta se levantaba con su cabeza fresca, su tez sonrosada, y sus ojos rebotando alegría, D. Cándido se metia entre las sábanas de su pobre lecho con la cabeza caliente, la tez pálida y los ojos tristes.

Una hora despues el día se apoderó de la aurora, y Morfeo de nuestro envejecido Adonis.

A las once y media de la mañana llaman á la puerta de la habitación de D. Cándido.

Este se despierta á pesar suyo.

---Señor - dice Bríjida entrando - ved que han dado las once.

---¡Las once! esclama - y yo que tenia una cita á las diez.... Bríjida he tenido un sueño - dijo incorporándose - que me ha llenado de alegría. Anoche perdí en el baile dos prendas que apreciaba sobre manera: mi anillo de oro y mi reloj de cilindro. Pues soñé que fui á la cita que me dió una jóven para hoy á las diez y que en ella la jóven me habia devuelto mis prendas dando ademas unas calabazas de primer orden.

---Segun eso deseais que lo que ha sido una realidad pasase á ser un sueño y lo que para vos ha sido un sueño se tornase en realidad.

---No se, Bríjida, lo que daria - continuó acabándose de vestir apresuradamente - por que acertaras.

---Pues he acertado, hé aquí vuestro anillo señor, yo soy la máscara que os enamoró. Tomad vuestro reloj de cilindro yo he abonado el importe de mi cena y os lo restituyo.

---Bríjida, añadió sollozando nuestro personaje -

la leccion ha sido dura pero no importa. En ella, sin embargo hemos aprendido mutuamente. Vd. que soy *muy capáz de amar*, que no soy tacaño y que no tengo tanta edad como para no poder contraer matrimonio. Yo he aprendido que sois astuta, que teneis muy buen corazon, que cuidais por mis intereses y..... sobre todo, que á pesar de vuestros años teneis unos ojos que son dos soles.

IV.

En este capítulo pensaba poner el desenlace pero como cada cual tiene sus opiniones dejo que el curioso lector le dé el que mas le agrade.

J. C. B.

1862.

Solucion á la primera charada del número anterior.

Fácil es tu charada
pero bonita,
como son casi todas
las que publica
el Semanario
que por título lleva
título santo.

El niño *de* Matilde,
que es niño hermoso,
do quiera que se halla
agarra el trompo;
mas con su juego
ayer por la mañana
se pinchó un DEDO.

J. H.

Málaga.

Solucion á la segunda.

La PAPA, me dió PAPÁ,
PAPA es el ave que marcas,
PAPA alimento sabroso
y el todo de tu charada.

M. N.

Málaga.

CHARADA.

Segunda y primera mancha
y á un animal le aprovecha,
se vé en una calle estrecha
como se vé en una ancha.

Segunda y tercera son
los hombres mas distinguidos
los entes ennoblecidos
de la soberbia Albion.

Mi *todo* dá padeceres
y es á la vez (no os asombre)
un nombre bello; es un nombre
que llevan cien mil mujeres.

SABINO POLVORIN.

Málaga

CORRESPONDENCIA.

Sra. D.^a J. S. de M.—Madrid.—Por el correo le escribimos, aceptando gustosísimos su colaboracion y su novelita que pensamos publicar con otras tambien inéditas y orijinales. El elogio que nos hace en su carta es un rasgo de su conocida bondad.

Sr. D. C. F.—Madrid: (colaborador).—Se ha recibido su poesia *Desamparo*, que se insertará lo mas pronto posible.

Sr. D. P. M. de M.—Madrid.—Por el correo le escribimos diciéndole que su artículo se publicará con la indicacion que le marcamos y rogándonos nos conteste lo mas pronto que pueda, y á la vez no dispense la demora nuestra.

Sr. A. de T.—Madrid.—Hace algun tiempo que no recibimos ninguna de sus inspiradas producciones.

A. M. C.—B. A.—L. O. y B. N.—Málaga.—Sus charadas son inesactas y la Direccion no publicará desde hoy en adelante ninguna que no esté perfectamente comprobada. Sentimos tenerles que hacer esta manifestacion.

Sr. D. N. M. F.—Madrid: (colaborador).—Su poesia *A Siria*, verá la luz á la mayor brevedad.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cintería, n. 3.